
Especial
MIRA
EL
BESO MÁS
OSCURO
Gena Showalter



Gena Showalter

EL BESO MÁS OSCURO

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2008 Gena Showalter. Todos los derechos reservados.
EL BESO MÁS OSCURO, Nº 2 - 5.4.09
Título original: The Darkest Kiss
Publicada originalmente por HQN.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-6885-3
Depósito legal: B-5244-2009
Editor responsable: Luis Pugni
Impresión y encuadernación: LIBERDUPLEX
08791 Sant Llorenç d'Hortons (Barcelona)
Fecha impresión Argentina: 2.10.09
Distribuidor exclusivo para España: LOGISTA
Distribuidor para México: CODIPLYRSA
Distribuidores para Argentina: interior, BERTRAN, S.A.C. Vélez Sársfield, 1950. Cap. Fed./ Buenos Aires y Gran Buenos Aires, VACCARO SÁNCHEZ y Cía, S.A.
Distribuidor para Chile: DISTRIBUIDORA ALFA, S.A.

Prólogo

Era conocido como El Oscuro, Malach Ha-Maet, Yama, Azreal, Shadow Walker, Mairya, Rey de los Muertos… Era todas esas cosas y más, porque era un Señor del Submundo.

Mucho tiempo atrás había abierto *dimOuniak,* una poderosa caja hecha de los huesos de una diosa, y había liberado una horda de demonios en la Tierra. A modo de castigo, tanto él como los guerreros que lo habían ayudado fueron obligados a albergar a los demonios en su interior, uniendo luz y oscuridad, orden y caos, mientras los feroces espíritus no fueran capaces de dominar a los guerreros disciplinados que todos ellos habían sido una vez.

Como él había ayudado a abrir la caja, se le había impuesto el demonio de la Muerte. Suponía que era un intercambio justo, porque su acción había estado a punto de causar la muerte de la humanidad entera.

Tenía la responsabilidad de captar las almas humanas y acompañarlas hasta su lugar de descanso final. Debía hacerlo aunque no quisiera. A él no le gustaba separar a los inocentes de sus familias, y no se alegraba de llevar a los culpables a su tormento, pero hacía ambas cosas sin cuestionar las órdenes, sin vacilar. Había aprendido muy pronto que la resistencia provocaba una agonía tan completa e inexorable que incluso los dioses temblaban al pensarlo.

¿Significaba su obediencia que era dócil, que era considerado? No. Oh, no. No podía permitirse determinadas emociones. El amor, la compasión y la piedad eran enemigos de su difícil situación.

¿Ira? ¿Rabia? Algunas veces sí se permitía sentirlas.

Pobre del que lo presionara demasiado, porque él se convertiría en un demonio. En una bestia. En una entidad siniestra que no titubearía a la hora de agarrar un corazón humano y estrujarlo. Estrujarlo con tanta fuerza que el humano perdería el aliento y rogaría que le diera el beso dulce del sueño eterno, que sólo él podía ofrecer.

Oh, sí. Tenía muy poco poder sobre el demonio. Y si los demás no tenían cuidado, irían por ellos…

1

Anya, diosa de la Anarquía, hija del Desorden y portadora del Caos, se hallaba en el borde de una abarrotada pista de baile. Todos los bailarines eran mujeres humanas, bellas y casi desnudas, que habían sido elegidas específicamente por los Señores del Submundo para que les proporcionaran una noche de entretenimiento. Tanto vertical como horizontal.

Había volutas de humo que formaban una niebla a su alrededor, y la lámpara estroboscópica giraba y lanzaba una lluvia de luces dentro de la discoteca, dibujando círculos lentos. Por el rabillo del ojo, Anya vio el duro trasero de un inmortal embistiendo hacia delante y hacia atrás a una muchacha embelesada.

«Las fiestas que me gustan», pensó con una sonrisa de picardía…, aunque no la habían invitado. «Como si eso me impidiera venir».

Los Señores del Submundo eran guerreros inmortales poseídos por los demonios que una vez habían escapado de la caja de Pandora. Y en aquel momento, con unas cuantas rondas de alcohol y de sexo, los guerreros estaban despidiéndose de Budapest, la ciudad que había sido su hogar durante cientos de años.

Anya quería entrar en acción. Con un guerrero en particular.

—Apartaos —susurró, conteniendo su tendencia a gritar «¡Fuego!» y observar cómo los humanos corrían presas del pánico, gritando histéricamente. «Deja que lo pasen bien».

Un ritmo trepidante de música rock, que iba al compás de los desacompasados latidos de su corazón, salió a todo volumen por los altavoces, haciendo imposible que alguien pudiera oírla. Sin embargo, todos obedecieron, impelidos por una obligación que probablemente no entendían.

Le abrieron paso, lentamente… muy lentamente…

Por fin, el objeto de su fascinación apareció ante su vista, y ella se estremeció. Lucien. Lleno de cicatrices, irresistiblemente estoico y poseído por el espíritu de la Muerte. En aquel momento estaba sentado en una mesa del fondo, hablando con Reyes, su amigo y compañero en la inmortalidad.

¿De qué estaban hablando? Si Lucien quería que el guardián del Dolor le proporcionara a una de aquellas mujeres mortales, la menor de sus preocupaciones sería una alarma de fuego falsa. Apretando los dientes, Anya ladeó la cabeza se concentró en ellos y, tras borrar el ruido que los rodeaba, escuchó.

— …ella tenía razón. Revisé las fotografías en el

ordenador de Torin. Esos templos se están alzando desde el mar —dijo Reyes—. Uno está en Grecia y el otro en Roma, y si continúan elevándose a esa velocidad, estarán lo suficientemente adelantados como para que podamos explorarlos mañana.

—¿Y por qué los humanos no saben nada de ellos? —preguntó Lucien, frotándose la barbilla con dos dedos, un gesto típicamente suyo—. Paris ha visto las noticias de diferentes cadenas y no dicen nada. Ni siquiera hay especulaciones.

«Tonto», pensó Anya, aliviada por que el sexo no fuera el tema de la noche. «Vosotros lo sabéis porque yo quería que lo supierais».

Nadie más iba a verlos. Ella se había asegurado usando eso llamado «caos», su principal fuente de poder; había escondido los templos con tormentas para mantener a los humanos alejados y, al mismo tiempo, les había proporcionado a los Señores la suficiente información como para que salieran de Buda.

Ella quería que Lucien saliera de Buda, que estuviera fuera de su ambiente. Un hombre desconcertado era más fácil de controlar.

Reyes suspiró.

—Quizá los responsables sean los nuevos dioses. Estoy casi seguro de que nos odian y están deseando destruirnos, sólo porque somos medio demonios.

La expresión de Lucien seguía perdida.

—No importa quién sea responsable. Iremos mañana, tal y como habíamos planeado. Estoy deseando registrar uno de esos templos.

—Si tenemos suerte —dijo Reyes—, encontraremos la maldita caja.

Anya se pasó la lengua por los dientes. La maldita caja, *dimOuniak,* la caja de Pandora. Hecha con los huesos de la diosa de la Opresión. La caja tenía el poder suficiente como para confinar en su interior a demonios tan viles que ni siquiera el infierno podía contenerlos. Era también lo suficientemente poderosa como para succionar a los demonios de nuevo a su interior, sacándolos de los Señores, sus anfitriones. Aunque los Señores no habían querido albergar a los demonios, con el paso del tiempo su supervivencia había pasado a depender de las bestias, y no había ni que decir que los guerreros anhelaban tener la caja en su poder.

De nuevo, Lucien asintió.

—No pienses ahora en eso; ya habrá tiempo mañana. Ahora vete y disfruta de la fiesta. No pierdas un momento más en mi aburrida compañía.

¿Aburrida? ¡Ja! Anya nunca había conocido a nadie que la estimulara más.

Reyes titubeó, pero en seguida se levantó y dejó a solas a Lucien. Ninguna mujer humana se acercó a éste. Lo miraban, sí. Se encogían al ver sus cicatrices. Ninguna quería tener nada que ver con él, y eso les salvaba la vida.

—Nota mi presencia —ordenó Anya suavemente.

Pasó un momento; él no obedeció.

Varios humanos la miraron, pero Lucien siguió observando fijamente el vaso vacío que tenía frente a sí, con una expresión nostálgica. Para consternación de Anya, los inmortales eran indiferentes a sus órdenes. Cortesía de los dioses.

—Idiotas —murmuró ella—. Cualquier cosa con tal de fastidiar a la Anarquía.

Anya no había sido favorecida durante sus días en el Olimpo. A las diosas nunca les había caído bien porque pensaban que era una réplica de «la fresca de su madre» y que seduciría a sus maridos. De igual modo, los dioses no la respetaban, también a causa de su madre. Sin embargo, ellos la deseaban. Bueno, hasta que había matado al capitán de la guardia y habían empezado a considerarla demasiado salvaje. Eran unos idiotas. El capitán se merecía lo que le había hecho, por intentar violarla. Ella no se arrepentía de haberlo apuñalado en el corazón; la libertad de elección era muy valiosa, y cualquiera que intentara arrebatarle la suya sentiría el acero de sus dagas.

Elección. Esa palabra la devolvió al presente. ¿Qué demonios hacía falta para convencer a Lucien de que la eligiera?

—Repara en mí, Lucien. Por favor.

De nuevo, él le hizo caso omiso.

Anya dio un pisotón en el suelo. Durante semanas se había ocultado en su manto de invisibilidad y había seguido a Lucien, lo había observado y estudiado. Y sí, había sentido deseo por él. En parte, lamentaba haberlo conocido, haber permitido a Cronos, el nuevo rey de los dioses, que la intrigara con historias sobre aquellos Señores unos meses atrás. «Quizá yo sea la idiota».

Cronos acababa de escapar del Tártaro, una prisión para inmortales, y un lugar que ella conocía muy bien. Cronos había encerrado allí a Zeus y sus cohortes, y también a los padres de Anya. Cuando Anya fue a buscarlos, Cronos la estaba esperando. Le había pedido su mayor tesoro, pero ella se había

negado a dárselo, así que él había intentado asustarla.

«Dame lo que quiero o enviaré a los Señores del Submundo por ti. Están poseídos por los demonios, como animales sedientos de sangre, y no vacilarán en despellejarte». Bla, bla, bla.

Lejos de asustarla, esas palabras habían provocado en ella el deseo de buscar a los guerreros. Había pensado en derrotarlos y reírse de Cronos. Sin embargo, en cuanto había visto a Lucien, se había obsesionado con él. Había olvidado cuáles eran sus motivos para estar allí, e incluso había ayudado a aquellos guerreros supuestamente malvados.

Las contradicciones la cautivaban, y Lucien tenía muchas. Estaba lleno de cicatrices, pero no roto. Era bueno, pero inflexible. Era tranquilo, un inmortal que se ceñía a las normas, no sediento de sangre, tal y como había afirmado Cronos. Estaba poseído por un espíritu maligno, pero nunca había traicionado su código personal del honor. Trataba con la muerte todos los días, todas las noches, pero aun así, luchaba por vivir.

Fascinante.

Como si todo aquello no fuera suficiente para provocar su interés, Lucien desprendía una fragancia a flores que despertaba en ella pensamientos decadentes y escandalosos cada vez que se acercaba a él. ¿Por qué? Cualquier otro hombre que desprendiera aquel olor la habría hecho reír. Sin embargo, con Lucien sólo sentía ansia por sus caricias.

Era muy atractivo. Tenía los ojos más extraños que ella hubiera visto nunca: uno azul, el otro marrón, y ambos llenos del espíritu de hombre y demo-

nio. Y sus cicatrices… eran un bello testimonio de todo el dolor y el sufrimiento que había superado.

—Eh, preciosa. Ven a bailar conmigo —le dijo de repente uno de los guerreros.

Paris. Anya reconoció al instante la promesa de sensualidad que había en su voz. Debía de haber terminado de divertirse con aquella humana contra la pared de la discoteca, y estaba buscando otra chica bonita y tonta con la que saciarse. Pues iba a tener que seguir buscando.

—Déjame en paz.

Sin dejarse afectar por su falta de interés, él la tomó por la muñeca.

—Te gustará, te lo prometo.

Ella lo apartó con un movimiento de la muñeca. Paris estaba poseído por la Promiscuidad, y bendecido con una maravillosa piel clara, unos ojos azules muy brillantes y una cara que seguramente hacía cantar a los ángeles, pero no era Lucien, y no tenía interés para ella.

—Aparta las manos —murmuró Anya—, o te las cortaré.

Él se rió como si aquello fuera una broma, sin saber que ella haría eso y más. Nunca profería una amenaza que no estuviera dispuesta a cumplir. Hacerlo sería una debilidad, y Anya se había prometido mucho tiempo atrás que nunca volvería a mostrar la más mínima fragilidad.

A sus enemigos les encantaría aprovecharla.

Afortunadamente, Paris no intentó volver a agarrarla.

—Por un beso —dijo con voz ronca—, te dejaría hacer lo que quisieras con mis manos.

—En ese caso, te cortaré también los genitales. ¿Qué te parece eso?

Paris soltó una carcajada que llamó la atención de Lucien. Éste levantó la vista y miró primero a su amigo, y después a Anya. A ella le flaquearon las rodillas. Oh, cielos. Se olvidó de Paris y respiró profundamente. ¿Era imaginación suya el fuego que había visto arder de repente en los ojos de Lucien, o cómo se le dilataban las aletas de la nariz?

«Ahora o nunca». Se humedeció los labios y, sin apartar la mirada de él, caminó sensualmente hasta su mesa. A medio camino, se detuvo y le hizo un gesto con el dedo para que caminara hasta ella. Lucien se puso en pie y se acercó, como si un hilo invisible hubiera tirado de él.

Tan cerca, era un metro noventa de músculo y peligro. Pura tentación.

Anya sonrió lentamente.

—Por fin nos encontramos, Flores.

Anya no le dio tiempo para responder. Frotó la cadera izquierda contra él, y se dio la vuelta para ofrecerle una visión de su espalda. Llevaba un corsé abrochado con cintas finas, y sabía que la cintura de la falda se le ceñía tan abajo en las caderas que dejaba al descubierto el elástico de su tanga. Vaya.

Los hombres, mortales o no, normalmente se derretían cuando veían algo que no debían ver.

Lucien silbó en voz baja.

Ella sonrió. Oh, dulce progreso.

—¿Por qué me has llamado? —preguntó él tranquila, disciplinadamente.

—Quería bailar contigo —dijo ella mirando hacia atrás—. ¿Es un crimen?

Él no dudó al responder.

—Sí.

—Bien. Siempre me ha gustado violar la ley.

Una pausa de confusión. Después:

—¿Cuánto te ha pagado Paris para que hagas esto?

—¿Me pagan? ¡Oh, qué bien! —respondió Anya, y con una sonrisa se acercó a él de espaldas y se frotó contra su cuerpo—. ¿Cuál es la divisa?, ¿orgasmos?

En sus sueños, él siempre la agarraba y penetraba en su cuerpo en aquel momento; en la realidad, Lucien dio un paso atrás como si ella fuera una bomba a punto de explotar, y puso distancia entre los dos.

Ella tuvo una inmediata sensación de pérdida.

—Nada de contacto —dijo él. Probablemente, había intentado sonar calmado, pero se había notado su nerviosismo. Su tensión.

Anya entornó los ojos. A su alrededor, todo el mundo había visto su interacción y cómo él la había rechazado. Ella les ordenó con un gesto ceñudo: «Esto no es de vuestra incumbencia. Daos la vuelta».

Los humanos obedecieron. Sin embargo, el resto de los Señores se acercaron a ella, mirándola fijamente y con curiosidad. Sin duda, querían saber quién era y qué hacía allí.

Debían tener cuidado, y Anya lo entendía. Todavía sufrían la persecución de los Cazadores, un grupo de humanos que creían, estúpidamente, que podían crear una utopía de paz y armonía librando al mundo de los Señores y de los demonios que éstos llevaban dentro.

«No les hagas caso», se dijo. «Se te está acabando el tiempo, chica».

Volvió a centrarse en Lucien, a quien miró sin darse la vuelta completamente.

—¿Dónde estábamos? —preguntó, y se pasó un dedo por la goma del tanga hasta que atrajo la mirada de Lucien a las alas brillantes del ángel que había en el centro.

—Yo estaba a punto de marcharme —farfulló él.

—Pero yo no quiero que te vayas —dijo Anya con un mohín.

Lucien dio otro paso atrás.

—¿Qué te pasa, cariño? —respondió Anya, acercándose a él sin piedad—. ¿Es que te da miedo una mujer?

Él apretó los labios y no respondió. Aunque tampoco siguió retirándose.

—¿Te doy miedo?

—No tienes ni idea de con qué estás jugando, mujer.

—Oh, claro que sí —replicó ella, y pasó la mirada por todo su cuerpo.

—He dicho que nada de contacto —ladró él.

Anya lo miró a los ojos y alzó las manos, con las palmas hacia fuera.

—No te estoy tocando, cariño.

«Aunque pienso hacerlo».

—Tu mirada dice otra cosa —respondió él con tirantez.

—Eso es porque…

—Yo bailaré contigo —dijo otro guerrero. Paris de nuevo.

—No —respondió Anya sin mirarlo. Ella deseaba a Lucien, y sólo a Lucien. No valdría ningún otro.

—Podría ser un cebo —dijo otro Señor diferente, probablemente mirándola con sospecha. Anya reconoció el timbre grave de su voz. Sabin, el guardián de la Duda.

Por favor. ¿Cebo? Como si ella fuera a intentar seducir a alguien por una razón que no fuera completamente egoísta. Los cebos eran chicas tontas, dedicadas al sacrificio: su misión consistía en distraer a los Señores para que los Cazadores pudieran acercarse a ellos y matarlos. Y, realmente, ¿qué clase de idiota iba a querer matar a los Señores, en vez de divertirse un poco con ellos?

—Dudo que los Cazadores hayan podido reorganizarse tan rápidamente después de la plaga —dijo Reyes.

Ah, sí. La plaga. Uno de los Señores estaba poseído por el demonio de la Enfermedad. Si rozaba la piel de cualquier humano, lo infectaba con una enfermedad terrible que se extendía y mataba con una rapidez asombrosa.

Consciente de ello, Torin siempre llevaba guantes y apenas salía de la fortaleza en la que vivían los Señores, decidido a proteger a los humanos de su maldición. No había sido culpa suya que un grupo de Cazadores hubiera entrado en el castillo unas semanas atrás y le hubiera cortado el cuello.

Torin había sobrevivido; los Cazadores no.

Por desgracia, todavía quedaban muchos ahí fuera. Eran como moscas. Si se acababa con uno, aparecían otros dos revoloteando. Incluso en aquel momento estaban en algún sitio, esperando una buena ocasión para atacar. Los Señores debían tener cuidado.

—Además, no hay modo de que hayan encontrado la forma de traspasar nuestras medidas de seguridad —añadió Reyes, y su voz áspera sacó a Anya de sus pensamientos.

—¿Como no había modo de que entraran en el castillo y estuvieran a punto de decapitar a Torin? —replicó Sabin.

—¡Maldita sea! Paris, quédate aquí y vigílala mientras yo compruebo que no hay nadie peligroso por el perímetro —pasos, palabrotas, murmullos.

Vaya, vaya. Si los Señores encontraban alguna pista de que había un Cazador cerca, no podría convencerlos de que ella era inocente. Al menos, de aquel crimen. Lucien nunca confiaría en ella, nunca se relajaría en su compañía. Nunca la tocaría, salvo con furia.

Ella no permitió que aquella preocupación se reflejara en su rostro.

—Vi el gentío y me colé —le dijo a Paris y al otro Señor que la estaba observando, y añadió—: Y quizá el grandullón y yo podamos hablar durante los próximos minutos sin interrupciones. En privado.

Tal vez captaran la indirecta, pero no se marcharon.

Muy bien. Pues trabajaría delante de ellos.

Comenzó a moverse al ritmo de la música y, sin apartar la mirada de Lucien, se pasó los dedos por el liso abdomen. «Cambia mis manos por las tuyas», proyectó hacia su mente.

Por supuesto, Lucien no lo hizo. Sin embargo, sus ojos siguieron cada uno de los movimientos. Tragó saliva.

—Baila conmigo —dijo ella en voz alta, con la

esperanza de que él no la ignorara con tanta facilidad en aquella ocasión. Se lamió los labios para humedecérselos.

—No —susurró él.

—Por favor. ¿Es que no me encuentras deseable, Flores?

—Ése no es mi nombre.

—Muy bien, cariño. ¿No me encuentras deseable?

—Lo que yo piense de ti no importa.

—Eso no responde mi pregunta —dijo ella con un mohín.

—No lo pretendía.

¡Grr! Qué hombre tan frustrante. «Intenta otra cosa. Algo más descarado».

Como si no hubiera sido ya completamente descarada.

De acuerdo. Se dio la vuelta y se agachó. La falda se le subió por los muslos, ofreciendo una visión mejor de su tanga azul y de las alas que se extendían desde el centro. Cuando Anya volvió a levantarse, imitando los movimientos del sexo, giró lentamente y le ofreció una visión de todo el cuerpo.

Él inspiró bruscamente, con todos los músculos del cuerpo tensos.

—Hueles a fresas con nata —dijo Lucien, y mientras hablaba, parecía un depredador a punto de atacar.

«Por favor, por favor, por favor», pensó ella.

—Seguro que también es mi sabor —le dijo, pestañeando con coquetería pese al hecho de que él había mencionado su olor como si fuera una terrible afrenta.

Lucien emitió un gruñido y dio un paso hacia ella.

Entonces Anya aprovechó la oportunidad y cambió la música rock de la discoteca por una canción suave, lenta.

—Vamos, baila conmigo —le pidió a Lucien—. Es la única manera de librarte de mí.

Y, para provocarlo un poco, se acercó, se puso de puntillas y le mordió suavemente el lóbulo de la oreja.

Él volvió a gruñir, pero por fin, la rodeó con sus brazos. Al principio, Anya pensó que era para empujarla, pero Lucien la pegó a su cuerpo e hizo que apretara los pechos contra su torso y que montara a horcajadas sobre su muslo izquierdo. Ella se sintió muy excitada.

—Si quieres bailar, bailaremos.

Lentamente, él la meció de un lado a otro sin que sus cuerpos se separaran. Anya sintió cientos de punzadas de placer.

Por los dioses del cielo, aquello era mejor de lo que había imaginado. Cerró los ojos. Lucien era muy grande. Tenía los hombros muy anchos y la parte superior del cuerpo tan musculosa que la envolvía. Y, durante todo el rato, su respiración le acariciaba la mejilla como un amante atento. Temblando, ella deslizó las manos por su espalda y las enredó en su pelo oscuro, sedoso. Sí. Más.

«Tranquila, chica», se dijo.

Aunque Lucien la deseara tanto como ella lo deseaba, no podía tenerlo. No completamente. En aquel sentido, Anya estaba tan maldita como él. Sin embargo, de todos modos podía disfrutar de aquel momento. Por fin, ¡él la estaba respondiendo!

Lucien le acarició la línea de la mandíbula con la nariz.

—Todos los hombres del local te desean —dijo suavemente, aunque sus palabras eran tan afiladas que podrían haber cortado con un cuchillo—. ¿Por qué yo?

—Porque sí —respondió Anya, inhalando su perfume de rosas.

—Eso no responde a mi pregunta.

—No lo pretendía —replicó ella.

Entonces Lucien la agarró con fuerza.

—¿Te parece divertido burlarte del hombre más feo de todo este sitio?

—¿El más feo? —preguntó Anya. Él la atraía más de lo que nadie la había atraído en toda su vida—. Pero si no estoy cerca de Paris, cariño.

Lucien frunció el ceño y la soltó. Sacudió la cabeza, como si estuviera intentando aclararse las ideas.

—Sé lo que soy —dijo con cierta amargura—. Decir que soy feo es ser amable.

Ella se quedó inmóvil, mirando sus ojos seductores. ¿Acaso no tenía idea de lo atractivo que era? Irradiaba fuerza y vitalidad. Irradiaba una masculinidad salvaje. Todo en él la cautivaba.

—Si sabes lo que eres, cariño, entonces sabrás que eres sexy y deliciosamente amenazante.

Y ella necesitaba más de él. Sintió un escalofrío que hizo vibrar todos sus miembros. «Acaríciame otra vez».

—Supongo entonces que mis cicatrices no te molestan —dijo él, sin mostrar ninguna emoción.

—¿Molestarme? —aquellas cicatrices no lo afeaban. Lo hacían irresistible—. Me excitan.

—Mentirosa.

—Algunas veces —admitió ella, «pero no en esto».

Anya observó su cara. El modo en que se había hecho aquellas cicatrices no debía ser agradable. Había sufrido. Mucho. De repente, esa idea le provocó ira. ¿Quién le había hecho daño, y por qué? ¿Una amante celosa?

Parecía como si alguien hubiera tomado un cuchillo y hubiera cortado a Lucien como un melón, y después hubiera intentado juntar las piezas sin orden. Aun así, la mayoría de los mortales sanaba rápidamente, y no quedaban marcas de sus heridas. Así pues, incluso si lo habían cortado, Lucien debería haberse curado por completo.

¿Tendría cicatrices similares en el resto del cuerpo? Al pensarlo, se sintió muy excitada. Lo había espiado durante semanas, pero no había conseguido ver su cuerpo. Él siempre se las arreglaba para ducharse y cambiarse después de que ella se marchara.

¿Acaso había sentido su presencia y se había escondido?

—Si no te conociera, pensaría que eres un cebo, como mis amigos —dijo él.

—¿Y por qué piensas que me conoces?

Él arqueó una ceja.

—¿Eres un cebo?

—¿Quieres que lo sea? —preguntó ella, en el tono más seductor que pudo—. Porque puedo ser lo que tú quieras, amor.

—Déjalo ya —gruñó él—. No me gusta este juego al que estás jugando.

—No estoy jugando, Flores. Te lo prometo.

—¿Qué quieres de mí? Y no me mientas.

—Aceptaré un beso —dijo ella, mirando sus labios suaves, rosados—. En realidad, insisto en que me des un beso.

—No he encontrado ningún Cazador —dijo Reyes en aquel momento; había aparecido de repente junto a Lucien.

—Eso no significa nada —protestó Sabin.

—No es Cazadora, y no trabaja para ellos —dijo Lucien, sin apartar los ojos de Anya mientras les hacía una seña a sus amigos para que se retiraran—. Necesito estar un momento a solas con ella.

Aquella afirmación asombró a Anya. ¿Y además quería estar con ella? ¡Sí! Salvo que sus amigos no se marchaban. Idiotas.

—Somos dos desconocidos —dijo Lucien, continuando su conversación como si no se hubiera interrumpido.

—¿Y qué? Los desconocidos se relacionan todo el tiempo —dijo ella—. Besarse un poco no tiene nada de malo, ¿no?

—¿Y qué vas a conseguir con un solo beso?

Todo. Anya sintió una gran impaciencia, y se pasó la lengua por los labios.

—¿Siempre eres tan hablador?

—No.

—Bésala, Lucien, antes de que lo haga yo, sea un cebo o sea lo que sea —dijo Paris con una carcajada. Aunque fuera una risa bondadosa, tenía un toque de acero.

Lucien continuaba resistiéndose. Ella notaba los latidos de su corazón contra las costillas. ¿Acaso se sentía azorado por su público? Era una pena. Ella

estaba dispuesta a arriesgar cualquier cosa, y no iba a dejar que él se le escapara.

—Esto es inútil —dijo Lucien.

—¿Y qué? Lo inútil puede ser divertido. Vamos, deja de vacilar. Actúa.

Anya tiró de su cabeza hacia abajo, hacia su rostro, y aplastó sus labios contra los de él. Al instante, él abrió la boca y sus lenguas se encontraron en una profunda y húmeda acometida. Ella sintió una oleada de calor cuando el sabor a rosas y a menta la invadió.

Se pegó a él. Lo necesitaba. Mientras el fuego la devoraba, se frotó contra su cuerpo, incapaz de contenerse. Él la agarró por el pelo y tomó el control absoluto de su boca. Ella se había visto atrapada en un remolino de pasión y sed que sólo Lucien podía calmar. Había entrado por las puertas del cielo sin dar un solo paso.

Alguien vitoreó; otro silbó.

En un instante, Anya sintió como si la levantaran del suelo y no tuviera ninguna sujeción. Al cabo de un momento, sintió una pared fría contra la espalda. Los vítores habían cesado repentinamente. El aire frío le mordía la piel.

¿Fuera?, se preguntó. Mientras tanto estaba gimiendo, sin preocuparse, y rodeando la cintura de Lucien con las piernas mientras su lengua la conquistaba. Él le agarró la cadera con fuerza con una mano, y con la otra la tomó del pelo, entrelazando una vez más los dedos en la espesa cabellera, y haciendo que ladeara la cabeza para obtener más contacto.

—Eres… eres… —susurró ferozmente.

—Estoy desesperada. No hables más. Bésame.

Él perdió el control. Volvió a hundir la lengua en su boca, y la pasión y el calor se convirtieron en un infierno ardiente. Verdaderamente, Anya estaba abrasándose. Estaba frenética. Él estaba en todo su cuerpo; se había convertido en una parte de ella.

No quería que aquello terminara.

—Más —dijo Lucien con voz ronca, y le puso la palma de la mano en un pecho.

—Sí —susurró ella—. Más, más, más.

—Es estupendo.

—Asombroso.

—Acaríciame —dijo él con un gruñido.

Al oír su petición, ella sintió que su deseo se intensificaba. Quizá él la deseara. Después de todo, le había pedido que lo acariciara, lo cual significaba que quería algo más que un beso.

—Será un placer —dijo.

Con una mano, le subió el borde de la camiseta; con la otra, le acarició el abdomen. Al sentir unas cicatrices se estremeció; la piel fruncida era muy cálida.

A él se le tensaba los músculos a cada roce, y le mordió el labio inferior a Anya.

—Sí, así.

Ella estuvo a punto de llegar al clímax; la reacción de Lucien había sido como combustible para un fuego que ya era abrasador. Gimió.

Con los dedos, dibujó los círculos de sus pezones antes de pellizcárselos suavemente. Cada vez que se los acariciaba, notaba que su propio cuerpo latía de deseo.

—Me encanta tocarte.

Lucien le lamió el cuello y dejó un rastro de calor sensual en su piel que hizo que Anya abriera los ojos de repente, y estuvo a punto de jadear cuando se dio cuenta de que realmente estaban fuera, apoyados contra el muro exterior de la discoteca, en un rincón oscuro. Lucien debía de haberlos teletransportado en un instante.

Él era el único Señor capaz de trasladarse de un sitio a otro con un solo pensamiento. Una capacidad que ella también poseía. Anya sólo lamentó que no los hubiera transportado a un dormitorio.

No, no, pensó entonces con desesperanza. No a un dormitorio. Estaba mal que pensara en aquello, aunque sólo fuera un segundo. Las demás mujeres podían disfrutar de la sensación eléctrica de la piel contra la piel y los cuerpos desnudos haciendo esfuerzos por llegar al éxtasis, pero ella no. Ella nunca.

—Te deseo —susurró él.

—Ya era hora —respondió ella—. Yo también necesito sentir más de ti. Necesito acariciarte más —dijo.

Bajó las piernas y llevó las manos hasta su entrepierna para abrirle el pantalón y rodear con los dedos su erección; sin embargo, oyó el eco de unos pasos. Lucien también debió de oírlo, porque se puso tenso y se apartó de ella.

Él estaba jadeando, y ella también. A Anya le flaquearon las rodillas mientras sus miradas quedaban atrapadas durante un segundo. La pasión todavía chisporroteaba entre ellos; nunca habría pensado que un beso pudiera provocar semejante ignición.

—Colócate la ropa —dijo él.

—Pero… pero… —Anya no estaba lista para terminar, con público o sin él. Si Lucien le daba un instante, ella podía transportarlos a otro sitio en un segundo.

—Hazlo. Ahora.

No, no iba a haber teletransporte, se dijo Anya con desilusión. Por la expresión dura de Lucien, comprendió que él había terminado. Con los besos y con ella.

Se colocó la falda y el corsé con las manos temblorosas, y casi al instante, varios Señores torcieron la esquina y aparecieron ante ellos con expresión malhumorada.

—Me encanta que desaparezcas así —dijo uno de ellos, Gideon, con un tono de irritación que dejaba bien claro que no le gustaba en absoluto. Anya sabía que estaba poseído por el espíritu de la Mentira, y que no podía decir una sola verdad.

—Cállate —ordenó Reyes. El pobre Reyes, siempre torturado, guardián del Dolor. Le gustaba herirse a sí mismo. Una vez, ella lo había visto saltar de lo alto de la fortaleza en la que vivían y disfrutar después del dolor de sus huesos rotos—. Quizá parezca inocente, pero no la has registrado para ver si llevaba armas antes de tragarte su lengua.

—Estoy prácticamente desnuda —dijo ella con exasperación, aunque nadie le hizo ni caso—. ¿Qué arma voy a estar escondiendo?

Bueno, en realidad ocultaba unas cuantas. No era para tanto. Una chica tenía que protegerse.

—Lo tengo todo bajo control —dijo Lucien—. Creo que puedo manejar a una mujer sola, vaya o no armada.

Anya siempre se había sentido fascinada por su calma. Hasta aquel momento. ¿Dónde estaba su pasión? No era justo que se hubiera recuperado tan rápidamente mientras ella todavía estaba intentando recuperar el aliento. No podía dejar de temblar. Peor todavía, le latía el corazón como un tambor.

—¿Quién es? —inquirió Reyes.

—Quizá no sea un cebo, pero es algo —dijo Paris—. La has teletransportado y no se ha puesto a gritar.

Entonces todos miraron a Anya con los ojos entornados. Ella nunca se había sentido tan vulnerable en todos sus siglos de vida. Arriesgarse a que la capturaran por besar a Lucien había merecido la pena, pero eso no significaba que tuviera que someterse a ningún interrogatorio.

—Dejadlo. No voy a deciros nada.

—Yo no te invité —respondió Paris—, y Reyes no ha encontrado a nadie que sea tu amigo. ¿Por qué has intentado seducir a Lucien?

«Nadie intentaría seducir voluntariamente al guerrero lleno de cicatrices», proclamaba su tono de voz. Aquello irritó a Anya, aunque sabía que Paris no quería ser maleducado ni insensible con su amigo. Probablemente, todos lo consideraban un hecho objetivo.

—¿Por qué me estáis interrogando? —preguntó ella, mirándolos a todos fijamente. A todos menos a Lucien, a él lo evitó. Quizá se derrumbara si su expresión seguía siendo fría y falta de emoción—. Lo he visto, me ha gustado y he ido tras él. Eso es todo.

Los Señores se cruzaron de brazos; era evidente que no la creían. Habían formado un semicírculo a

su alrededor sin que ella se diera cuenta. Anya tuvo que hacer un esfuerzo por no mirar al cielo con exasperación.

—No lo deseas de verdad —dijo Reyes—. Todos lo sabemos. Dinos lo que quieres antes de que tengamos que obligarte.

¿Obligarla? Por favor. Ella también se cruzó de brazos. Un poco antes habían animado a Lucien a que la besara; ¿por qué se comportaban en aquel momento como si Lucien no pudiera tentar a ninguna mujer?

—Quería acostarme con él, ¿lo entiendes, idiota?

Hubo una pausa de asombro.

Lucien se interpuso entre sus amigos y ella. ¿La estaba protegiendo? Qué dulce. Innecesario, pero dulce. Su ira se suavizó. Tuvo ganas de abrazarlo.

—Dejadla en paz —dijo él—. No merece la pena. La sensación de felicidad de Anya se desvaneció. ¿Que no merecía la pena? Él acababa de acariciarla y de frotar su cuerpo contra el de ella, ¿cómo podía decir algo así?

Una neblina roja se extendió ante su vista. Así era como siempre debía de haberse sentido su madre. Casi todos los hombres que habían compartido el lecho de Disnomia la insultaban una vez que habían saciado su deseo. «Eres una mujer fácil», le habían dicho. «No sirves para nada más».

Anya conocía bien a su madre, sabía que Disnomia había sido esclava de su naturaleza anárquica, y también sabía que siempre había buscado el amor. Dioses emparejados, dioses solos…, no importaba. Si la deseaban, se entregaba a ellos. Probablemente porque durante las pocas horas que pasaba en brazos

de sus amantes, se sentía aceptada y valorada, y sus deseos más profundos se veían saciados.

Lo cual hacía que las traiciones posteriores fueran aún más dolorosas, pensó Anya mirando a Lucien. De todas las cosas que había esperado y querido que dijera, ninguna era «no merece la pena». Quizá «es mía»; quizá «la necesito». «No la toquéis», seguro.

Ella no quería tener la misma vida que su madre, por mucho que quisiera a ésta, y hacía mucho tiempo que se había jurado que no permitiría que la usaran.

«Pero mírame ahora. Le he rogado a Lucien que me besara, y él me ve como algo que no merece la pena».

Con un gruñido, aplicando toda su fuerza, su furia y su dolor, lo empujó. Lo echó hacia delante como una bala de cañón, y él se chocó contra Paris. Ambos emitieron una exclamación de dolor y se apartaron el uno al otro.

Cuando Lucien se incorporó, se dio la vuelta para mirarla.

—No continúes por ahí —dijo.

—No he hecho más que empezar —respondió Anya, y se encaminó hacia él con el puño alzado para hacer que se tragara sus perfectos dientes blancos.

—Anya… —dijo él con un susurro—. Basta.

Ella se quedó inmóvil debido al asombro.

—Sabes quién soy. ¿Cómo es posible?

Habían hablado una vez, semanas atrás, pero él nunca la había visto antes de ese día. Ella se había asegurado de que así fuera.

—Me has estado siguiendo. He reconocido tu olor.

Fresas con nata, le había dicho él antes, con un tono de acusación. Anya abrió los ojos como platos. Sintió placer y mortificación a la vez. Durante todo ese tiempo, Lucien había sabido que ella lo estaba observando.

—¿Por qué me has estado interrogando si sabías quién era? ¿Y por qué si sabías que te estaba siguiendo no me pediste que me mostrara?

—No me di cuenta de quién eras hasta que tuvo lugar la conversación sobre los Cazadores. Y en cuanto a lo segundo, no deseaba asustarte hasta que hubiera averiguado cuál era tu propósito —explicó Lucien, y después hizo una pausa y esperó a que ella hablara. Anya no lo hizo, y él inquirió—: ¿Cuál es tu propósito?

—Yo… tú… —¡Demonios!, ¿qué iba a decirle?—. ¡Me debes un favor! Salvé a tu amigo, lo liberé de su maldición.

Muy bien. Una explicación racional, cierta, y que, con suerte, apartaría el curso de la conversación de sus motivaciones.

—Ah —dijo él, y asintió, irguiendo los hombros—. Ahora todo tiene sentido. Has venido por tu recompensa.

—Bueno, no —por mucho que quisiera preservar su orgullo, Anya se dio cuenta de repente de que no quería que él pensara que concedía sus besos tan fácilmente—. Todavía no.

Él frunció el ceño.

—Pero acabas de decir que…

—Sé lo que he dicho.

—Entonces ¿para qué has venido? ¿Por qué me has estado vigilando?

Anya se sintió frustrada otra vez. Sin embargo, no tuvo tiempo para responderle, porque Reyes, Paris y Gideon se acercaron a ella con cara de pocos amigos. ¿Acaso pensaban que iban a poder agarrarla?

En vez de responder a Lucien, se dirigió a los otros.

—¿Qué pasa? No recuerdo haberos invitado a esta conversación.

—¿Eres Anya? —preguntó Reyes, mirándola de pies a cabeza con una expresión de repugnancia.

¿Repugnancia? ¡Debería estar agradecido! ¿Acaso no lo había liberado ella de la maldición que lo obligaba a apuñalar a su amigo hasta matarlo todas las noches? Sí, demonios. Sin embargo, aquella mirada era una que Anya conocía muy bien. Debido al pasado amoroso de su madre y a la expectación que ella misma despertaba por su forma libre de ver la vida, todos los dioses griegos del Olimpo la habían mirado con la misma repugnancia en algún momento.

Al principio, Anya se había sentido herida por aquel petulante desdén. Y, durante cientos de años, había intentado ser una chica buena: vestirse como una monja, hablar sólo cuando le hablaban, mantener baja la mirada. Incluso había conseguido controlar su desesperada necesidad de crear desastres. Todo para ganarse el respeto de unos seres que nunca la verían como a algo distinto a una prostituta.

Un día en que volvía a casa llorando porque, en un estúpido curso para diosas había sonreído a Ares

y Ártemis la había llamado *ta ma de,* su madre había hablado con ella.

—Hagas lo que hagas, van a juzgarte mal —le dijo la diosa—. Pero todos debemos ser fieles a nuestra naturaleza. Comportarte como otra persona sólo te causará dolor y hará que parezca que estás avergonzada de lo que eres. Los demás alimentarán esa vergüenza hasta lo ilimitado. Eres un ser maravilloso, Anya. Siéntete orgullosa de ti misma. Yo me siento orgullosa de ti.

A partir de aquel momento, Anya había comenzado a vestirse de manera tan sexy como quería, y si había vuelto a bajar la vista, había sido para admirar sus tacones de aguja. No había vuelto a negarse la necesidad de desorden ni a prestar atención a los que la rechazaban, y dejaba claro que le gustaba quién era.

Nunca volvería a avergonzarse.

—Es… interesante verte en carne y hueso después de todo lo que he investigado sobre ti últimamente. Eres la hija de Disnomia —dijo Reyes—. La diosa menor de la Anarquía.

—Yo no tengo nada menor —dijo ella—. Pero sí, soy una diosa —añadió, alzando la barbilla.

—La noche en que te diste a conocer y le salvaste la vida a Ashlyn nos dijiste que no lo eras —intervino Lucien—. Nos dijiste que sólo eras una inmortal.

Ella se encogió de hombros. Odiaba tanto a los dioses que rara vez usaba el título.

—Mentí. Lo hago a menudo. Es parte de mi encanto, ¿no te parece?

Nadie respondió. Era de esperar.

—Nosotros fuimos una vez los guerreros de los

dioses, y vivimos en el cielo, como seguramente sabrás —continuó Reyes, como si ella no hubiera hablado—. No te recuerdo.

—Quizá no había nacido todavía, listo.

En los ojos de Reyes se reflejó la irritación, pero conservó la calma.

—Como te he dicho, desde que apareciste hace unas semanas, he estado investigando sobre ti. Hace mucho tiempo, fuiste apresada por asesinar a un hombre. Después de trescientos años de confinamiento, los dioses encontraron por fin un castigo apropiado para ti. Antes de que pudieran ejecutar la sentencia, sin embargo, conseguiste escapar.

—Correcto.

—La leyenda cuenta que inoculaste al guardián del Tártaro alguna enfermedad, porque después de que escaparas, él comenzó a debilitarse y perdió la memoria. Se pusieron guardias en cada esquina para incrementar la seguridad, puesto que los dioses temían que la fuerza de la prisión dependiera de la fuerza de su guardián. Con el tiempo, los muros comenzaron a agrietarse y a derrumbarse, lo que facilitó la fuga de los Titanes.

¿Y también iban a echarle la culpa de eso a ella? Anya entrecerró los ojos.

—Lo que pasa con las leyendas —dijo— es que la verdad se distorsiona, a menudo para explicar las cosas que los mortales no pueden entender. Es gracioso que tú, el protagonista de tantas leyendas, no sepas eso.

—Te escondiste aquí, entre los humanos —dijo Reyes, sin prestarle atención. Otra vez—. Pero no te conformaste con vivir en paz ni siquiera entonces.